

Fragmento de Apuntes para mis hijos

Benito Juárez

Apuntes para mis hijos 1

En 21 de marzo de 1806
nací en el Pueblo de S.^a
Pablo Guetatar de la ju-
risdicción de Santos Tomás
y Esteban en el Estado de
Oaxaca. Fué la desgra-
cia de no haber conocido
a mis padres Marcelino
Juárez y Benigida Gar-
cía, indios de la raza
primitiva del país, por
que á penas tenía yo
tres años cuando mu-
rieron, habiendo queda-
do con mis hermanas
do^{ña} Josefina y Thora al
cuidado de un tataro ab-
uelo puteano Pedro
Juanes y Justo Lopez,

Yudín también de la
Nación Zapoteca. Mi her-
mano Sr. Longino, vi-
ña de cielos nacido, pues
mi madre vivía al
clanta a luz, quito a
Congo de mi tía ma-
terna Cecilia Garcia.
A los pocos años me
hicieron mis abuelos:
mi hermana Sr. Jor-
ta cari con Fabriceo
Lopez del Pueblo de
Lantuche. Fabriceo:
mi hermana Rosa
Cari con Jre Jimenez
del pueblo de Tatlan y
yo quito bajo la tute-
la de mi tío Deman-
dino Juarez, porque de
mis demás tíos: Prorifan-
cio Juarez había ya muere-
do, Mariano Juarez vi-

2
via por el parado con su
hermana y Pablo Juarez era
aun menor de edad.

Cuando mis
padres me dejaron sin
ningun patrimonio y mi tío
vivía de su trabajo pen-
nal, luego que ~~tuve~~ se-
de varone me dediqué, has-
ta donde mi buena edad
me lo permitía, a las labo-
res del campo. En algunos
ratos de ocupación mi
tío me enseñaba a leer,
me manifestaba lo útil
y conveniente que era sa-
ber el idioma castellano
y como entonces era suman-
tamente difícil p. la que se
había y muy especial^{te}
para la clase indígena
adoptar otra carrera
científica que no fuese
la eclesiástica, me in-

decaba sus deces de q.
yo estudiase para onde-
narme. Estas indicaciones
y los ejemplares que de me
preservaban de algunos
de mis paisanos que sa-
bian leer, escribir y ha-
blar la lengua Castella-
na y de otros que esir-
cian el ministerio sacen-
dotal, despertaron en
mi un deseo vehemen-
te de aprender, en ter-
minos de que cuando
mi tío me llamaba
para tomarme mi lec-
ción yo mismo se lleva-
ba la disciplina para
que me castigase, si
no la sabía; pero las
ocupaciones de mi tío y
mi dedicación al trabajo
diario del campo con-

3
traniaban mis deces y
muy poco, o nada adelanta-
ba en mis lecciones. Además
en un pueblo como, como
el mío, que apenas conta-
ba con unas familias y
en una época en q. tan
poco o nada se cuidaba
de la educación de la juven-
tud, no había escuelas: ni
si quiera se hablaba la len-
gua española, por lo que
los padres de familia que
podían costear la educación
de un hijo les llevaban a
la ciudad de Oajaca con
este objeto y lo que no se-
nían la posibilidad de pa-
gar la pensión consumen-
dicente les llevaban a
servir en las cosas parti-
culares a condición de que
les enseñaran a leer y a

crecimiento. Si se era el único
medio de educación que
se le daba generalmente
no solo en mi pueblo, sino
en todo el Distrito de Yallan
de manera que era una
cosa notable en aquella
época, que la mayor parte
de los estudiantes de las
Escuelas de la Ciudad era de
los venidos de ambos sexos
de aquel Distrito. Entonces
me vino por esta noche
que yo palpaba, que por
una reflexión madura
de que aun no era capaz
ni tomar la Educación de
que solo yendo a la Ciu-
dad podía aprender y
al efecto insistí muchas
veces a mi hijo para que
me llevara a la Capi-
tal; pero siempre el
caso que me tenía,

o por cualquier otro moti-
vo, no se resolvía y como
me daba esperanzas de que
alguna vez me llevaría?
Por otra parte yo tam-
bien sentía repugnancia
separarme de un lado, dejar
mi casa y. Había amparado
mi niñez y mi confianza
y abandonar a mis tiernos
compañeros de infancia
con quienes siempre se con-
traen relaciones y simpa-
tías profundas que la au-
sencia lastima, ~~deja~~
marchitandolos. ^{dejarlos} Era como
la lucha de existia entre es-
tos sentimientos y mi de-
seo de ir a otra Sociedad,
nueva y desconocida para
mi, para procurarme una
educación. Sin embargo
el deseo fue superior al
sentimiento y el día 17 de
Dbre.

de 1818 y a los doce años
de mi edad me fué de
mi casa y marché a pie
a la ciudad de Oaxaca
donde llegué en la noche
del mismo día, aloján-
dome en la casa de D.
ctavo. Traxa en que un
hermano de mi tía ten-
cia de cocinera. En los
primeros días me dedi-
a trabajar en el cultivo
de la grana ganando
reales diarios para mi
situación, mientras en
traba una casa en que
vivir. Vivía entonces
en la ciudad un hombre
miador y muy honra-
do y efencia el oficio de
enmadernador y empa-
tador de libros. Vestía
el hábito de la orden

tercera de S. Francisco y
amf. muy dedicado a la
devoción y a las practicas
religiosas, era bastante
despreocupado y amigo
de la educación de la ju-
ventud. Las obras de
S. Pablos y las epístolas de
S. Pablo eran los libros
favoritos de su lectura.
Este hombre se llamaba
D. ctavo Salameva quien
me recibió en su casa ofe-
riendo mandarme a la
escuela para que apren-
diere a leer y a escribir.
De este modo quise esta-
blecido en Oaxaca en
7 de Enero de 1819.

En las escuelas de
primeras letras de aquella
epoca se enseñaba la
gramatica Castellana.
Leer, escribir y apren-

Apuntes para mis hijos

Benito Juárez

En 21 de marzo de 1806 nací en el pueblo de San Pablo Guelatao de la jurisdicción de Santo Tomás Ixtlán en el Estado de Oaxaca. Tuve la desgracia de no haber conocido a mis padres Marcelino Juárez y Brígida García, indios de la raza primitiva del país, porque apenas tenía yo tres años cuando murieron, habiendo quedado con mis hermanas María Josefa y Rosa al cuidado de nuestros abuelos paternos Pedro Juárez y Justa López, indios también de la nación Zapoteca. Mi hermana María Longinos, niña recién nacida pues mi madre murió al darla a luz, quedó a cargo de mi tía materna Cecilia García. A los pocos años murieron mis abuelos, mi hermana María Josefa casó con Tiburcio López del pueblo de Santa María Yahuiche, mi hermana Rosa casó con José Jiménez del pueblo de Ixtlán y yo quedé bajo la tutela de mi tío Bernardino Juárez, porque de mis demás tíos: Bonifacio Juárez había ya muerto, Mariano Juárez vivía por separado con su familia y Pablo Juárez era aún menor de edad.

Como mis padres no me dejaron ningún patrimonio y mi tío vivía de su trabajo personal, luego que tuve uso de razón me dediqué hasta donde mi tierna edad me lo permitía, a las labores del campo. En algunos ratos desocupados mi tío me enseñaba a leer, me manifestaba lo útil y conveniente que era saber el idioma castellano y como entonces era sumamente difícil para la gente pobre, y muy especialmente para la clase indígena adoptar otra carrera científica que no fuese la eclesiástica, me indicaba sus deseos de que yo estudiase para ordenarme. Estas indicaciones

y los ejemplos que se me presentaban en algunos de mis paisanos que sabían leer, escribir y hablar la lengua castellana y de otros que ejercían el ministerio sacerdotal, despertaron en mí un deseo vehemente de aprender, en términos de que cuando mi tío me llamaba para tomarme mi lección, yo mismo le llevaba la disciplina para que me castigase si no la sabía; pero las ocupaciones de mi tío y mi dedicación al trabajo diario del campo contrariaban mis deseos y muy poco o nada adelantaba en mis lecciones. Además, en un pueblo corto, como el mío, que apenas contaba con veinte familias y en una época en que tan poco o nada se cuidaba de la educación de la juventud, no había escuela; ni siquiera se hablaba la lengua española, por lo que los padres de familia que podían costear la educación de sus hijos los llevaban a la ciudad de Oaxaca con este objeto, y los que no tenían la posibilidad de pagar la pensión correspondiente los llevaban a servir en las casas particulares a condición de que los enseñasen a leer y a escribir. Este era el único medio de educación que se adoptaba generalmente no sólo en mi pueblo, sino en todo el Distrito de Ixtlán, de manera que era una cosa notable en aquella época, que la mayor parte de los sirvientes de las casas de la ciudad era de jóvenes de ambos sexos de aquel Distrito. Entonces más bien por estos hechos que yo palpaba que por una reflexión madura de que aún no era capaz, me formé la creencia de que sólo yendo a la ciudad podría aprender, y al efecto insté muchas veces a mi tío para que me llevase a la Capital; pero sea por el cariño que me tenía, o por cualquier otro motivo, no se resolvía y sólo me daba esperanzas de que alguna vez me llevaría.

Por otra parte yo también sentía repugnancia (de) separarme de su lado, dejar la casa que había amparado mi niñez y mi orfandad, y abandonar a mis tiernos compañeros de infancia con quienes siempre se contraen relaciones y simpatías profundas que la ausencia lastima marchitando el corazón. Era cruel la lucha que existía entre estos sentimientos y mi deseo de ir a otra sociedad, nueva y desconocida para mí, para procurarme mi educación. Sin embargo el deseo fue superior al sentimiento y el día 17 de diciembre de 1818 y a los doce años de mi edad me fugué de mi casa y marché a pie a la ciudad de Oaxaca a donde llegué en la noche del mismo día, alojándome en la casa de don Antonio Maza en que mi hermana María Josefa servía de cocinera. En los primeros días me dediqué a trabajar en el cuidado de la grana ganando dos reales diarios para mi subsistencia, mientras encontraba una casa en qué servir. Vivía entonces en la ciudad un hombre piadoso y muy honrado que ejercía el oficio de encuadernador y empastador de libros. Vestía el hábito de la Orden Tercera de San Francisco y, aunque muy dedicado a la devoción y a las prácticas religiosas, era bastante despreocupado y amigo de la educación de la juventud. Las obras de Feijoo y las epístolas de San Pablo eran los libros favoritos de su lectura. Este hombre se llamaba don Antonio Salanueva quien me recibió en su casa ofreciendo mandarme a la escuela para que aprendiese a leer y a escribir. De este modo quedé establecido en Oaxaca en 7 de enero de 1819.

Del puño y letra de don Benito, presentamos a nuestros visitantes un fragmento de *Apuntes para mis hijos*, el relato autobiográfico escrito por Juárez en 1857.

Tomado de: Archivo General de la Nación, Archivos Particulares, Personas, Benito Juárez García (242), caja 0001, exp. 023